
artesanos de américa

MARJORIE AGOSIN
WELLESLEY COLLEGE

ARTURO ROJO: PINTOR PESCADOR DE ZAPALLAR

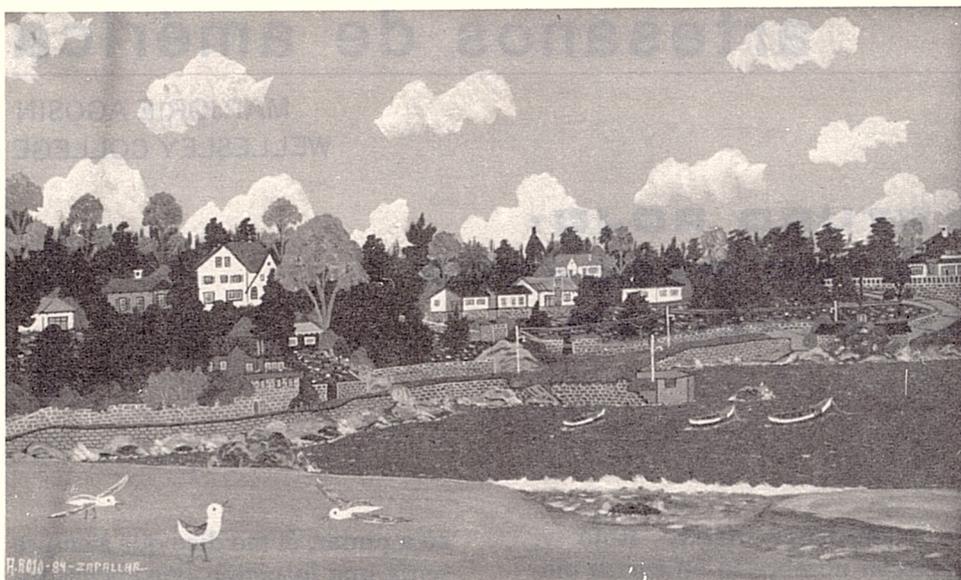
Se llama Arturo Rojo y, como su nombre lo indica, su pintura refleja un variado colorido, una gama de matices violetas, azules, rojizos pero, sobre todo, azules intensos porque Arturo Rojo es un pintor pescador y el mar que respira a toda hora, inclusive en sus sueños, forma parte indiscutible de sus pinceles y de su singular creación pictórica.

Resultará para el lector un tanto extraño encontrarse de repente con la alucinante historia de Arturo Rojo, un humilde pescador que jamás asistió a la escuela y ni menos a las de pinturas y que de la noche a la mañana su vida se transformó drásticamente al convertirse en el pintor de Zapallar.

Al preguntarle cómo empe-

zó a pintar, él me dice que siempre tenía una intuición que apenas tomara los pinceles, pintaría, pero su verdadera vocación artística comenzó cuando su pequeño hijo Carlos le pidió que le ayude con los quehaceres de la escuela. Así Arturo Rojo se inicia en la pintura, sus compañeros de trabajo lo alaban y poco a poco se transforma en uno de los pintores naif más importantes de Chile. El ahora sólo vive de la pintura y recuerda los días de pesca con nostalgia. Sin embargo, Arturo Rojo en la pintura naif ha encontrado su verdadera vocación.

Arturo Rojo nace en 1936 en el hermoso pueblo de Zapallar a unos 200 Km. de Santiago. Zapallar se caracteriza por una bahía ondulada donde las olas no azotan



66

la orilla, sino que suavemente vienen a reposar sobre la arena. También Zapallar está rodeado y protegido por una frondosa cordillera costera otorgando a este lugar, una sensación de protección, de resguardo. Esta tranquila belleza forma una parte esencial de su pintura. Me cuenta Arturo que la presencia del mar, al igual que la de la varida vegetación del lugar, lo hipnotizaron desde la infancia. Desde niño comienza con el legado familiar de la pesca y trabaja en esta actividad hasta más o menos el año 75 fecha en que se dedi-

ca de lleno a la pintura.

Sus primeros cuadros muestran con sencillez los lugares comunes: la bahía de Zapallar, la playa, el verdor espeso de los cerros. Un mundo ingenuo, detallado con un sinnúmero de objetos, pero más que nada de un colorido magnífico, colorido sin pudores ni recatos.

Arturo Rojo me cuenta que jamás se imaginó el éxito que tendrían sus pinturas y al principio

compartía sus cuadros con los amigos o con los distinguidos veraneantes de Zapallar, quienes le ayudan a realizar su primera exposición en el año 1976 en la Municipalidad de Zapallar.

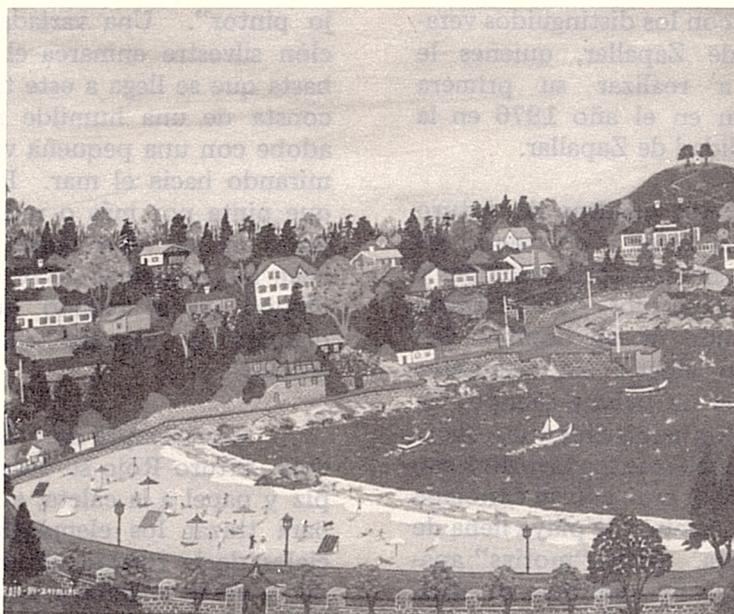
Ver los cuadros de Arturo Rojo es apreciar a su caleta, las casitas de simples construcciones y brillantes coloridos. Es adentrarse a un mundo de un hombre que pinta con alegría los elementos simples de un paisaje siempre familiar. Con naturalidad me cuenta que sus elementos favoritos son el cerro de la cruz con su conocida iglesia, la caleta y la playa llena de veraneantes. Estos "motivos" aparecen reiterativamente en su obra, pero más que nada es la intensa cromatización mezclada con la genialidad de un hombre que no ha estudiado formalmente, pero que intuye coloridos. Le pregunto si este repentino éxito, las numerosas exposiciones y las demandas de su obra a nivel internacional le han cambiado su personalidad. El con absoluta certeza me responde que no, que ahora puede brindarle a sus familiares y amigos comodidades, pero que su vida no ha cambiado para nada, él sigue siendo el mismo Arturo Rojo de Zapallar.

En varias oportunidades estuve conversando con Arturo en su taller, para llegar a él se sube por un escarpado camino de tierra y en la cúspide aparece una señal

de madera que dice: "Arturo Rojo pintor". Una variada vegetación silvestre enmarca el sendero hasta que se llega a este taller que consta de una humilde pieza de adobe con una pequeña ventanilla mirando hacia el mar. Rojo dice que pinta por más o menos siete horas en el taller, pero siempre hace los esquemas de lo que va a dibujar en el mismo lugar que ocupará el espacio central del cuadro.

Casi siempre muy de amane-cida, Arturo Rojo se dirige con lápiz y papel a la caleta, a la playa, para trazar los elementos esenciales de la futura pintura. Dice que a veces imagina y añade detalles, pero por lo general, Arturo Rojo no inventa sino que, pinta lo que ve. Sin embargo, el colorido aparece ser más vivo que la realidad, es más alegre y luminoso. Por eso, las pequeñas embarcaciones, los colores multicolores de los quitasoles, parecen salirse de la tela y venir hacia nosotros.

Me cuenta que la gente le pide cuadros de Zapallar, y aquí es donde más noto su candor cuando me dice: "Si ellos me piden cuadros de Zapallar yo se los hago, si me piden que les retraté las casas también". Arturo Rojo no es nada de temperamental ni arrogante y muchas veces hace los cuadros por encargo. En varias exposiciones colectivas de pintura



68

naif en la capital chilena, Santiago, es fácil reconocer la obra de Rojo, tiene un estilo muy propio. Los elementos ingenuos se caracterizan por estar pintados con un cuidado abismante, con detalles llenos de sabiduría popular y mucho cariño por su obra. Además la armónica distribución de los colores es un verdadero deleite para los observadores.

La historia de Arturo Rojo es hermosa. No puedo dejar de pensar que gracias a unos pinceles

su vida se transformó mágicamente y que al mirar sus dibujos de una pureza casi infantil, sus cuadros me hacen, nos hacen feliz. Tengo en mi casa, aquí lejos de Chile, un cuadro de Arturo con la caleta, los árboles verdísimos, los bañistas en la playa y siento que un trocito de Zapallar crece en la pared. Hizo muy bien Arturo Rojo al nunca estudiar pintura porque no necesita estudiarla, sólo mirar el paisaje que lo rodea y traspasarlo a la magia de su tela.